Informática de reciclaje

Terminó de escribir su columna a toda prisa. Su equipo era un viejo Pentium IV que encontró en la basura. Más que antiguo era obsoleto, había creado un clúster de placas antiguas, uniendo las placas de distintos equipos, un AMD Athlon que encontró al lado de un contenedor en la calle Fuencarral, y un Celeron N3070 que compró a precio de saldo en una tienda de equipos de segunda mano. Juntos daban un rendimiento fantástico, aunque su aspecto era el de una máquina con apariencia de insecto. Aquel sistema múltiple corría con un Linux Debian modificada por él mismo con escritorio ligero, LXDE. El sistema era rapido y estaba siempre en funcionamiento.

David terminó la crónica y la copió en un Pendrive, no tenía internet en casa, y el que tenía dependía de un vecino al que había robado la clave y usaba su conexión, pero el vecino había apagado el router al salir de vacaciones. Qué desconsiderado.

Bajó al locutorio que estaba a menos de 100 metros de su casa y envió el documento. Levantó la vista del monitor, Ahmed, el encargado, estaba mirando el móvil y sonriendo. Aprovechando la situación dio un paso atrás y metió una pequeña antena usb conectada a uno de los routers del locutorio.

-El led verde, que se encienda el led verde- dijo en voz baja.

El led verde del dispositivo usb se encendió, había entrado en la red del locutorio, cuya seguridad no había sido capaz de romper. Una vez dentro del sistema sólo tendría que enfocar la antena de casa asomándola por el balcón. Sería fácil.

Pagó a Ahmed 1 euro que era el mínimo por 15 minutos y se marchó sin que levantara la vista de la pantalla de su teléfono.

Paró en el Kebab de Amir, un turco parlanchín que le hacía un “descuento por vecino”, charlaron de política mientras le preparaba

el menú, David estaba bastante al día de la política turca, y Amir era todo un fan, además apreciaba que alguien como David, un español, se interesara por la situación de Turquía.

Subió las escaleras del siglo pasado de su portal hasta el primer piso donde vivía, un apartamento con un baño diminuto y una cocina incrustada en el salón-dormitorio.

-Vamos a ver qué tal la red del capullo de Ahmed

Sacó su antena al balcón, desde la consola de Linux lanzó un comando para ver la intensidad de la señal, 74%. Fantástico. Ejecuto un script de entrada y ya pudo ver la red. No sólo la red, el servidor, con todos los datos de contabilidad, el porno que Ahmed guardaba, los correos de Sahid, jefe de Ahmed.

-Vaya, vaya, no creo que al profeta le agrade.

Tenía acceso a su correo, pero lo mejor de todo, las contraseñas de entrada a banca electrónica estaban en el navegador.

-Eso no es problema- dijo David mordiendo el Kebab de cordero.

En algún momento había conectado el móvil que tanto miraba por usb para pasar fotos y contenidos del PC. Pero se le ocurrió una idea mejor. Teniendo acceso a su bandeja de correo electrónico envió un correo fingiendo ser Kareem, uno de los amigos de Ahmed, el correo tenía una foto de esas rubias alemanas que tanto le gustaban. Al abrir la imagen infectaría el teléfono del idiota de Ahmed, accedería a la segunda clave que el banco le enviaba y podría ejecutar su venganza magistral.

David terminó el Kebab, se chupó los dedos de la mano izquierda, eructó de satisfacción y aprovechó para descargar algunas películas.

-Hoy en día la conexión a Internet es muy importante.

David sobrevivía haciendo pequeños trabajos que le permitían disfrutar de la independencia que tanto valoraba. Escribía una

columna de opinión en un periódico de tirada nacional por el que le pagaban 300 Euros al mes. Una miseria. Además escribía para dos revistas de tecnología, una de ellas online, las que le hacían encargos de manera irregular. Además David era un experto en los foros de compraventa, donde especulaba comprando y vendiendo tecnología, Tablets, teléfonos, ordenadores, componentes, e incluso patinetes eléctricos y material de instalaciones de domótica. Dedicándole un par de horas al día podía sobrevivir. Pagaba el alquiler en el piso de mala muerte que tenía alquilado y le quedaba algo dinero que ahorraba con sumo cuidado. El piso que había alquilado antes era un precioso ático con terraza, pequeño pero nuevo y alegre. Era muy feliz en aquel pisito, pero Ahmed se había entrometido ofreciendo el doble al propietario para que se lo quedara uno de sus primos, recién llegado de Marruecos. Habían pasado seis meses desde entonces, y estaba esperando el momento de devolverle la jugarreta. Ese era el momento, pero no había que precipitarse.

-Vamos a ponernos al día con tus correos Ahmed, que seguro que escondes muchos secretos. Y si no, a tu historial, a las cookies, descargas. Algo encontraré.

David comenzó a leer todos los correos, incluidos los enviados. Todos.

Pasó la mañana leyendo trivialidades. Hasta que encontró lo que buscaba. Uno de los negocios de Ahmed, la paquetería internacional. Al parecer sus viajes anuales a Marruecos le ayudaban a pagarse algunos extras. Un contacto de allí preparaba los “paquetes” antes de que él llegara.

-Jaque mate.

Era el momento de desaparecer de la vida de Ahmed. Cuando viniera el golpe no quería que conectara los puntos. Para Ahmed él no era más que un muerto de hambre que malvivía y se pasaba el día en casa vendiendo chatarra tecnológica. Dejemos que siga pensando eso.

Pero aquel Locutorio era mucho más. Haciendo un trabajo minucioso se dedicó a administrar los equipos. Primero limpiándolos de virus y malware, dejándolos relucientes, limpiando de ficheros inútiles y haciendo que fueran más ligeros, más limpios. Y de regalo infectándolos con un programa de su propia cosecha, “Golden-eye22”. La cepa 22 era una nueva generación, había comprado el programa que había comprado en la Dark-net, pero que había ido mejorando, añadiendo 12000 líneas de código salido de sus deditos.

-Busca, pequeño, busca.

Golden-eye22 escucharía todo, robaría contraseñas, leería conversaciones, y una vez dentro de los buzones de correo, seguiría infectando todo, móviles, ordenadores personales, y a algunos amigos. Era un gran chico Golden-eye22, muy trabajador y muy discreto.

-Voy a necesitar algo más- dijo en voz alta en su diminuto piso. Se estaba divirtiendo de lo lindo. Era el momento de echar mano de su fondo de emergencia. Abrió Empathy, el software con el que realizaba llamadas, se puso unos cascos de camino.

-Miguel, me dijiste que tenías algo bueno…. sí. No, no quiero nada de eso, quiero el servidor. Sí, el HP… ¿cómo?…. pues tanto mejor. Pues espérame que voy para allá.

David salió corriendo. Miguel trabajaba en una granja de datos de HP. A menudo le compraba chatarra informática que HP daba por perdida, Miguel se ganaba un dinero con esos equipos y él gana con la reventa sus buenos Euros.

Cogió el Metro y fue hasta las Rozas para ver dos servidores antiguos que estaban en buen estado.

Tenía tres server con procesadores Xeon, no le iba a salir barato, pero pensaba gastar todo el capital de persuasión con él, Necesitaba esos equipos. Y pensaba sacarlos baratos.

Miguel le enseñó lo que tenía. El almacén de HP estaba lleno de verdaderos tesoros. Comenzó con un precio demasiado alto. David porfió, resopló, contraoferta, fue agresivo, luego razonable, luego dio pena, apeló a la amistad, prometió futuros negocios, siguió así hasta cansar a Miguel, quien casi se los dio regalados, a un precio de chatarra de metal al peso. David estaba eufórico, había sido la compra de su vida, y apenas rozó su fondo de emergencia. Pidió un Uber y se los llevó a casa.

Una vez en casa los examinó de nuevo, miró los informes de Golden-eye22, y salió a las tiendas de hardware de segunda mano donde tenía que hacer algunas compras. Necesitaba poner a trabajar aquellos dos servidores en la dura tarea de romper claves, infiltrarse, y copiar todo lo que pudieran. El verano se iba a poner aun más caluroso.

Llegó a las seis y media, chorreando de sudor, con cuatro bolsas, cables, discos duros, módulos de RAM. Abrió su estuche de herramientas y comenzó a montar el servidor. Era una belleza, sin desmerecer a sus tres equipos reciclados.

Bajó a las once, antes de que cerraran el Kebab de su amigo Amir.

-Si pudieras tener un deseo, ¿cual sería?- le preguntó al afable turco.

-Mmmm, ¿sólo uno?, con uno no tengo ni para empezar. Pero bueno, un deseo, está bien. Mira, pediría un cambio de sexo para el hijo de Erdogan, así tendríamos el primer presidente transexual de la historia de Turquía. A ver cómo le sentaba eso a los islamistas.

-Ja ja, muy bueno. A veces el mejor deseo es mejor regalarlo a otros-

A las tres de la madrugada David bajó al cuarto de contadores, armado con una linterna de espeleólogo colgada de la frente. Iba a hacer unas modificaciones y empalmes, cuando se dieran cuenta habrían pasado unos cuantos meses, tiempo de sobra para que

perdieran la pista.

El servidor hacía ruido y soltaba calor. Una pena, pero pronto se acostumbró al zumbido continuo de los ventiladores. El calor era lo peor. Los siguientes días bajaron las temperaturas, lo cual fue un regalo. Se pasaba el día vestido con un pantalón corto de deporte, mirando la pantalla. La mayoría de los clientes del locutorio eran inmigrantes que chateaban y hacían video conferencias con sus distantes hogares, pero había un tipo llamado Abud Hamsa. Sólo hablaba con hermanos de su mezquita, una mezquita que no figuraba en internet ni en el callejero, por lo que tenía pinta de ser clandestina. Había viajado fuera del país tres veces, y el historial de navegación no había podido verlo. El tipo cubría sus huellas. Así que hizo una apuesta, centro toda su vigilancia en Abud. Descubrió que tenía tres líneas de teléfono móvil. Dos de ellas eran con terminales antiguos que no pudo hacker, pero el tercer terminal era un Android Huawei P9. Ese fue el vector de ataque con éxito. Abud tenía cuentas en siete entidades bancarias y (sorpresa) todas las controlaba desde su teléfono móvil.

-Hasta para ser yihadista hay que valer- dijo un sudoroso David.

Movía bastante dinero en aquellas cuentas, manteniéndolo en continua circulación. Todo eso era muy interesante. Ahora David controlaba por completo su smartphone Huawei. El problema es que no siempre lo tenía encendido, así que tenía que hacer una vigilancia continua. Literalmente no podía salir de casa. Sus ahorros de emergencia no quería tocarlos, pero tampoco podía ganar dinero con la compra venta, así que tuvo que sacrificar su pequeña venganza antes de tiempo.

Ahmed iba a salir para Marruecos en cinco días. Su idea era que la policía española lo detuviera al entrar en España. Tendrían copia de sus correos, así como los ingresos en cuenta posteriores a su llegada a España y la venta de los estupefacientes. Pero necesitaba efectivo.

Al tener acceso a sus cuentas y a la verificación vía móvil se puso en contacto con su agencia bancaria y pidió un préstamo personal.

-Por supuesto, dispone de un préstamo rápido de hasta 5000 Euros sin…

-Sí, conozco el producto pero necesito una cantidad mayor. Dispongo del aval de mi jefe si fuera necesario, vamos a abrir otro negocio y sería para una inversión.

-De acuerdo, en ese caso señor Ahmed necesitaríamos una copia de la petición de actividad, sus datos como autónomo y una carta de su avalista. ¿Cuanto necesita?.

-Veinte mil Euros.

-No creo que sea problema.

David se puso manos a la obra, preparando la documentación y enviándola al correo. A la vez solicitó cinco micro préstamos a entidades de préstamos, cada uno de ellos por 1000 Euros, ofreció copias de nómina, y los datos bancarios. El banco no puso pegas, recibió la documentación y le dijo que en una semana tendrían la respuesta y el dinero.

-25 de los grandes, chavales. Ha sido todo un detalle por tu parte.

A la semana siguiente disponía del dinero, interceptó mensajes de texto y correos para que Ahmed no los viera. El dinero, una vez recibido lo invirtió en cripta monedas de Internet.

-Y conforme vaya necesitando pasta iré chupando de la teta morena de Ahmed, cien Euros por aquí, cuatrocientos por allá.

Con el dinero a su disposición David se mudó a la otra punta de Madrid. A un pasito tranquilo en el Barrio del Pilar, con buenas señales de Wifi de involuntarios vecinos. Allí instaló sus equipos y sus escasas posesiones. El piso era mucho más fresco, lo cual vino muy bien. Echaría de menor a su amigo Amir.

Ahmed salió para Marruecos, ajeno a la deuda que había contraído. Con todo siguió las comunicaciones electrónicas por si pudiera

reunir más evidencias.

Mientras tanto, el yihadista Abud Hamsa había escrito un correo electrónico a un Sirio hablando de un huerto que tenía su tío. Sin duda todo aquello era una especie de clave. Activó el micrófono para que grabara sus conversaciones de ambiente, es decir, todo aquello que se dijera cerca del teléfono quedaría grabado. Por fortuna Abud hablaba en español, tenía una clase de Corán con unos españoles a los que estaba radicalizando. Todo eran evidencias.

Sus días consistían en estar con los auriculares de diadema en sus oídos y leyendo los correos y mensajes.

Los dos servidores seguían monitoreando toda la actividad del locutorio. Algo interesante encontrarían.

Sonó su número de teléfono virtual. Era uno de sus editores de la revista TecnoHackers.

-Sí… ¿qué tal?….. ya…..¿muy urgente?…. no, no hay problema….. ¿podrías darme un par de días más?…… genial, me salvas la vida….. gracias a tí.

Su editor quería que escribiera un artículo sobre las detenciones de hackers, centrándose en las historias de cada uno. Premio extra de 400 pavos tronchados. Escribió el artículo cuando Hamsa dormía, robándole horas al sueño. Se fue a la cama con los auriculares puestos por si alguien hablaba o se hacía alguna llamada. Tuvo sueños de todo tipo, a cual más disparatado.

Se despertó con mal cuerpo, había dormido poco y mal. Pero algo estaba ocurriendo. Le despertaron los gritos. Era algo de un envío, armas, explosivos, un retraso en el envío. Comprobó dos veces que el indicador de grabación lo estaba recogiendo todo.

Cuando terminó la grabación puso en marcha su plan de evasión. Hamsa tenía 130.000 Euros entre las distintas cuentas. A continuación vació las cuentas haciendo una compra de Bitcoins

que hizo efectivas en su cartera. Ocultó todos los mensajes a su correo y reemplazó la aplicación de sus bancos por una creada por él que imitaba el comportamiento, ofreciendo saldos que no existían.

-Y ahora es el momento de mandar todas las evidencias a la policía, y de hacer el mayor número de escapismo de la historia.

Quince días después David entraba en una tienda de telefonía móvil. Era la decimoquinta tienda de telefonía móvil que visitaba. Había reunido catorce tarjetas SIM de datos e iba a por la número quince. Allí a donde iba no quería estar demasiado localizable. Había alquilado una casa a las afueras de una aldea. La casa tenía un pozo con agua con muy buen sabor, superficie para cultivar y bastante sol. David había instalado trescientos metros cuadrados de placas solares y cinco grandes baterías. La zona donde estaba aislada de la pequeña aldea. Con todo tenía buena relación con los pocos aldeanos, y la pareja de la guardia civil siempre recibía algunos obsequios de su huerta. Para ellos era un hippie que había vendido su casa para venir a vivir al pueblo la vida rural.

Ahmed fue detenido al cruzar la frontera con España, llevaba algo menos de un kilo de estupefacientes en su vehículo. Abud Hamsa fue denunciado al FBI, se ofrecía una recompensa por su captura, así que se ocupó de cobrarla ofreciendo todos los detalles. Un tipo amable de la CIA le ofreció empleo, pero quedaron en un acuerdo amistoso.

-Ellos me pagan mis comisiones por pillar a ladronzuelos, y no hacen preguntas por mis métodos.

El tipo de la CIA le preguntó si lo quería por escrito.